

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Luis Ernesto Puyana.

Huellas.—Bucaramanga. Colombia.

Luis Ernesto Puyana cultiva intensamente su huerto lirico. Y ha escogido como sitio para sus recreaciones, Bucaramanga, la ciudad de sus gentes y de sus paisajes. Es la suya una prosa transparente, donde no hallamos vano artificio, ni mensaje trascendente y pedante. El escritor santandereano se ha enfrentado con el mundo circundante, con días felices en los cuales pudo tomar contacto con una naturaleza radiante, rica en cromatismo. Y con varones de su misma densidad intelectual y moral. Escritor por nacimiento ha considerado que la literatura no es una forma más de bohemia sentimental, sino un serio compromiso con el tiempo y con nuestros semejantes. Por eso mismo toma su tarea con responsabilidad y a ella ha dedicado firmes estudios que le permiten manejar un estilo de ancha claridad y rico en sugerencias y en materias diversas.

Ha padecido la historia de Santander como una forma de estar, antes de figurar. Una topografía accidentada; un vivero de hazañas; una Colonia rica en historial y monumentos y la República con sus padecimientos, sus luces y sombras, le dan el material que maneja con maestría, sin alarde inútil, pero cargado de densidad mental, iluminado por su misma sensibilidad y el sentido del color y la magia de la luz. "Huellas", es el producto de esa honesta tarea intelectual. Qué pureza mana de estas páginas. Parecen escritas a la hora del Alba, cuando el rocío aún corona de diademas la frente de las flores. Páginas que honran la mejor tradición lírica de Colombia.

Puyana entiende el oficio de escritor como algo dinámico, que fluye hermosamente por los cangilones del idioma. Por eso mismo, escribe con naturalidad, sin forzar los períodos, ni retorcer las frases, ni cargar sus prosas con deliberados oscurantismos. La suya es una tarea responsable que hinea su acontecer en la misma tierra de sus mayores. Resplandor e íntima música la de este prosista que honra dilatadamente su solar santandereano como lo hicieran otros maestros de las letras dignos de haber nacido en Castilla y haber paseado su pena y su meditación por ventas de vino lento y pena honda.

Estilo social, diáfano, de una elegancia clásica. Estampas de una hermosa carga interior, muchas de ellas temblorosas en la luz de una nostalgia, de un fino relente, de la melancolía que atosiga a los espíritus complejos y cogitabundos. Maceración lírica, pero que carece de retorcidas gárgolas, de mil caminos o laberintos para el lector. Aquí todo es cenital, hermoso, punteado por sonos graves y profundos. Y en muchas de esas páginas se asoma la patria con su rostro tajante y noble. Porque el autor de *Huellas* tiene un fino talento evocador. Sabe traer hechos, reminiscencias, consejas, como si nos llegaran por un proceso de encantamiento, azul fontana de los sueños.

Puyana maneja el idioma con exigencia de artista. No deja nada a la simple improvisación, ni permite que la fantasía se desboque hacia lo barroco, ni acepta las grandes trompetas líricas de cierto wagnerianismo muy en moda entre los escritores españoles de todos los tiempos. Su claridad y concisión parecen más bien heredadas de Francia, en lo que esta tiene de elegante concisión y diafanidad en el período. Es lástima que este ejemplar maestro de las letras colombianas no haya tenido un escenario más grande para su tarea de cultivador de la bella frase. Que si su acción intelectual hubiera tenido un marco digno de él, es seguro que su nombre sería ampliamente conocido y respetado en el más exigente medio cultural.

Leer sus prosas, es asistir a un bello espectáculo del espíritu humano, en trance creador y fecundo.

Biblioteca de Cultura Universitaria - Caracas.

Panorama del Folklore Venezolano.

El incremento de los estudios folklóricos en Venezuela y su sistematización, se han concretado en esta obra de una trascendencia invaluable. En su elaboración han trabajado un grupo de intelectuales venezolanos, quienes estudian el rico aporte que el folklor venezolano ha dado a la tipicidad y ritmo de lo propiamente americano. Se trata de un estudio serio y sistemático del tema y que ocupará un lugar importante en este género de ensayos. Cada día es mayor el número de personas que, tanto en Venezuela, como en los demás países americanos, saben valorar la importancia que tiene el folklor para el conocimiento del alma de un pueblo. Porque ha pasado el tiempo en que creíamos bobaliconamente que solamente de Europa podía venirnos la razón de nuestra propia existencia como naciones libres.

Lo popular en América, lo que asciende de su propia substancia, los jugos que vienen teñidos con la intimidad nacional, la propia cultura como algo creador y dinámico, tiene que ocupar un lugar de excepcional importancia en la vida del continente. Debemos practicar cierto sacerdocio honesto que consiste en interrogar nuestra alma telúrica, saber cuáles han sido las corrientes emocionales de la tierra india, su mágica belleza, el territorio de su ternura. Comprender que en agua de la copla, en la pintura primitiva, en el color de sus cuadros, en sus danzas plásticas,

sugerentes y hermosas, en su música nostálgica y colmada de una melancolía estilizada, está lo nuestro, lo que nos pertenece como misión y destino.

Por eso mismo, es tan importante este libro. Porque Venezuela, como México, como el Perú, saben bien que las fuentes de lo popular, la poesía que nace al resplandor de las hogueras, todo lo que es típico y entrañablemente americano, será precisamente lo que delimite nuestro destino y nos trace certeros rumbos para el porvenir.

Este Panorama del Folklor Venezolano, es un cuadro maestro, una limpia voz de la patria de Bolívar y que recomendamos a nuestros lectores.

Helvia de Bodmer.

Vitral de Bruma.—Editorial Antares. Bogotá.

Nuevamente Helvia de Bodmer se llega hasta el grupo selectísimo de los lectores de su poesía con un nuevo haz de poemas. En este devocionario de la belleza, la escritora reitera algunas formas de su poesía anterior, pero logra más densidad, mayor clamor humano que en sus ilustres libros anteriores. Temblor bajo un cielo que siempre nos engaña con sus nubes y sus paisajes. Amor por las cosas sensitivas, por todo aquello que exhala una delicada fragancia y ha sido testigo de nuestro sueño y de nuestro desvelo.

Helvia de Bodmer no ha querido pulsar en sus manos cuerdas más roncadas, huracanes pasionales, vértigo de los sentidos o esa poemática sangrante, suplicada de algunos poetas modernos. Prefiere seguir las huellas de los ángeles, los atardeceres brumosos, la leve línea de pincel de una franja de luz, la nocturna iluminación de los astros. Tampoco las trompetas wagnerianas que anuncian el juicio final, ni esos furiosos resplandores de la noche, cuando se desata la tempestad.

La escritora tiene pupilas limpias y un corazón sosegado. Ve tejer la ronda de las horas y se alimenta del azul del tiempo, de la infinita nostalgia de los sitios que amamos y por donde pasó nuestro amor como un doncel ebrio en su propia emoción. Tono menor, suspirada esencia, límite inexpresable entre la gran sinfonía y ese desmayo de la música cuando entra en un acantilado donde mueren las olas, los arpegios, la belleza de los sonidos. Moler la ceniza de los días en sus manos y sentir cómo todo se fuga, suavemente, con una dulce sonata, como el agua de un regato. No dejarse arrebatar por temas literarios en los cuales no existe la propia claridad, el impulso lírico de quien se sabe traspasado por el amor y el dolor del mundo. Un poco de Luisa Luisi y también de algunos poemas breves de Alfonsina Storni. Pero un material poético propio, no de segunda mano, ni fruto de perniciosas influencias.

Todos los poemas de este libro respiran como doncellas crucificadas frente al clavicordio. Esencia pura. Luz sobre el gajo verde y prometedor. Palabras que traen en sus alas un mensaje de piedad o ternura. Todo

que aquello que nos aleja del estrépito contemporáneo, de sus violentas iluminaciones, su patetismo desgarrador, su cansancio de siglos, su mentira de minutos.

Esta poesía es un rocío sobre una corola. Nos acercamos, agitamos la flor y cae la lágrima, insondable como todo abismo cósmico.

Leamos dos poemas de Vitral de Brumas, que confirmarán nuestro concepto:

IN MEMORIAM

*Silencio vegetal.
Soledad herida de musgos
y pétalos caídos.
Vago fantasma de niebla
esparce su ceniza
sobre los pinos, y el aire
de éste ámbito de lilas,
universo de lágrimas
y rostros apagados.
Voy sonámbula. El dolor
ciñe mi pecho
con su guante de piedra.
Me siento humilde,
como esas yerbas
cortadas y reseca
Lentamente camino.
Adustas galerías
de altos muros
me miran. Sus rostros
de lápidas sombrías
repiten lo que somos:
fugaz, inútil vana brizna.
A ti me acerco, madre.
Mucho tiempo ha caído
desde la tarde
que en tus hombros fríos
puse el último chal.
En la desnuda loza
un poco devastada,
por la lluvia,
gime el viento.
Te rodean,
todas las cosas que perecen
y ningún árbol ensombrece
tu silencio.
Pero estás conmigo
en el día que me vive,
eterna en mi palabra
amarga y mi lamento*

*Y no será tu voz
esta desolada soledad
que te inunda de olvido
y te acompaña.
Bajo la lumbre de la luna
alguna rosa tiene
el color de tu piel.
En lejanas esferas ambarinas
dormida luz
el oro gris de tu mirada niña.
En algún sitio del mundo
linfa rumorosa,
nube líquida
o rama florecida tus manos
Y acaso
en hondos valles oceánicos,
flor de espumas
tu cuerpo innumerable.*

TE ESPERO

*Te espero en el crepúsculo
cuando la tarde
dialoga con las sombras,
y el corazón
campana taciturna
te suspira
y te nombra.
Seré en tus sueños
transparente
y diáfana.
Humilde,
como una flor
recién cortada.
A tus plantas,
tenderé mi ternura
como una suave manta,
y dejaré en tus manos
mi dulzura,
como un manojo
de violetas blancas.*

F. Gil Tovar

Una introducción al arte.

F. Gil Tovar, viene trabajando limpia y hondamente en los más importantes temas de la pintura tanto universal, como colombiana. Desde hace varios años su nombre se halla vinculado a todas las manifestacio-

nes artísticas de Colombia. Dueño de una envidiable cultura en materias tan exigentes, en estilo claro, sin retorcimientos, nos da la lección de sus conocimientos en todos los gajos del gran árbol del Arte. Sin pretensiones doctorales, ajeno a Capillas Sixtinas de grupos, con honradez y valentía ha dicho cosas muy importantes en estas materias, sin que en ningún momento, se haya dejado engolosinar por teorías afuereñas o por ciertas novedades que estrujan el seso de artistas noveles y de críticos apresurados.

Si queremos conocer la densidad de la cultura de Francisco Gil Tovar, tenemos que tomar entre las manos este maravilloso opúsculo que nos da una idea general, didáctica pudiéramos decir, pero certera de lo que es el arte, sus problemas, inquietudes, formas, historia, estilo. Todo ello escrito en forma que podamos formarnos idea de las diversas categorías estéticas, sin tener que recurrir a diccionarios de arte o quedarnos en la oscuridad con respecto a los temas tratados, difundidos y muy bien concebidos por su autor.

Gil Tovar tiene la pasión de la pintura. A ella ha dedicado hondas meditaciones, por lo cual es un maestro seguro y firme orientador. Y aunque parezca increíble, él fue quien nos descubrió a los colombianos, lo que teníamos en materias artísticas, pues, generalmente vivimos otras preocupaciones, menos aquella honesta y nacional, de indagar en nuestras formas y normas de existencia como pueblo culto.

Este opúsculo lo recomendamos como muy oportuna lectura a quienes se interesan por el arte como suma expresión intelectual.

Gabriel García Márquez.

La Mala Hora.—Premio Literario ESSO. 1961.

Parece que el meridiano de la novela pasa ahora por la costa atlántica de Colombia, por lo que se refiere a nuestro país. Tres novelistas han dado fuerza a esta afirmación: Gabriel García Márquez, Manuel Zapata Olivella y Héctor Rojas Herazo. De mayor tradición Zapata Olivella. Pero sin afirmación ascendente en su obra. De más honda calidad, García Márquez, quien va ascendiendo las gradas de la novelería, con paso firme y honestidad mental insobornable. De mayor lirismo Rojas Herazo, quien, parece que está mal ubicado en esta materia, pues, el lirismo puro, volcado a raudales, no ha sido nunca que sepamos, novela.

García Márquez sabe compenetrarse con los ambientes que describe. Sus trazos son naturales y enérgicos. No se ausenta del tema, para buscar en el brumoso lirismo de ciertas novelas, un escape al poco dominio de la técnica y de los personajes. Por el contrario: se va al fondo, directamente, enfrenta la temática y la resuelve en humanidad palpitante. Sus novelas tienen olor, calor, sabor. Y no entrega nada a la facilidad exigente que tantos talentos colombianos ha malogrado. Es tremendamente exigente consigo mismo y por eso mantiene una vigilancia permanente sobre sus personajes. Y esta disciplina le permite hallarlos auténticos. Son de

carne y hueso. Nacieron de su entraña lírica, como Eva del costado de Adán. Están regados con su sangre y alimentados con su meditación. Un caso pasmoso de honestidad intelectual en nuestro medio. Nadie podría situar al padre Angel, al alcalde, al sargento, al juez, al barbero, fuera de donde los coloca el novelista. Por eso mismo exudan realidad, tufaradas de vida real, objetiva, obvia.

Ya habíamos afirmado, a propósito de la novela "El Coronel no tiene quien le escriba", que García Márquez es un novelista con toda la barba. Tiene conciencia de su obra. Y un laberíntico fondo dramático que es el Ser de su novela, el orden intelectual y moral que rige su sistema planetario. Por lo cual todos sus libros, adquieren una nueva dimensión, ya que su novelería, es de una caliente realidad. Porque el autor no deja nada al simple juego de las formas. Y sacrifica toda espuma retórica. Su lirismo es contenido, seco, de una depuración invernal. En García Márquez, por obra y gracia de su depurada y honrada concepción de la novela y su mensaje, esta se convierte en Historia. Como en Balzac y Dostoievsky. Esos personajes parece que los conociéramos, que nos hubieran tratado, que formaran parte de las imágenes acumuladas en nuestra memoria.

Por eso es trágico este relato. Porque no es aquello que pasa, que roza la epidermis del hombre. Es lo que le sucede, lo que le hace actuar, desangrarse, quemarse literalmente en la lucha con la vida. Todo real, verdadero. Ya que la auténtica novela no es aquel conjunto de ficciones que pueden suceder, sino más bien lo que tiene que pasar, teniendo en cuenta determinado tiempo histórico y también su meridiano.

La violencia en esta novela recibe un tratamiento exacto. Nada de crónica roja, de documental orlado con luces macilentas. Es como un estado en que se sumergen, llorosos, los personajes. Es el drama colombiano que no acaba de pasar, que siempre está presente, como un fruto maldito. Y ese cura trazado con mano maestra, por García Márquez. Y el paisaje a brochazos, sin barrocas descripciones, ni esa caliente sensación de pasmo que desfigura los muñecos de otros novelistas colombianos. Magnífica novela y de una suma honradez creadora.

C. Hurdin.

Camus el Justo.—Editorial Estela. Barcelona. España.

Sugere, desolada, enérgica y creadora la existencia de Albert Camus. Y nos viene admirablemente evocada en este libro transparente, rico en esencias, medularmente cristiano. El autor se plantea interrogantes decisivos, que hubieran sido absueltos por Camus en forma y sentir cristiano, si la fatalidad no hubiera cortado absurdamente la vida de este ejemplar trabajador del espíritu. Porque en el gran ensayista francés concurrían las mejores calidades humanas para una tarea intelectual que hubiese sido una campanada para la conciencia de europeos, africanos y ciudadanos de todo el orbe.

Camus fue un enamorado de la Libertad. Frente a todos los totalitarismos, tanto de derecha como de izquierda, se alza solitario, enérgico, para defender la esencia del hombre, su intransferible destino. No se puede mantener a la esclava y hambrienta muchedumbre sometida por el terror. Es necesario negar, en voz alta, el pretendido derecho de algunas ideologías, para convertir a la Humanidad en un matadero o en un manicomio, en nombre de mitos falsos, de sistemas que destruyen la energía creadora y liberadora del género humano.

Escribir con angustia, patéticamente, alzar la voz para que nos oigan quienes vienen repitiendo el suplicio de las inquisiciones y se convierten en jueces y verdugos de los humillados y ofendidos del mundo. Por eso mismo es hermoso y puro, y enérgico el testimonio de Camus. No vaciló en enfrentarse a los poderosos, pero también a su propia desolada conciencia. Porque buscaba ver claro en un mundo en el cual el imperio del absurdo, el triunfo del demonio parece que es la miserable recompensa para nuestro duro batallar. Ser hombres y mantener una ejemplar dignidad, no obstante todos los avatares de un tiempo signado por el desprecio, cuando todo lo que amamos cae derruido y el polvo de nuestras propias estatuas, cae sobre el corazón atribulado.

Camus es un tipo humano hermosamente ejemplar. Como Georges Bernanos, Leon Bloy, todos aquellos hombres que han mirado hondo en nuestra naturaleza y que sabe perfectamente que no es humillándonos ante los verdugos y suplicando su clemencia, como podremos cumplir mejor la tarea de proclamarnos hijos de Dios, soberanos del libre albedrío, criaturas que buscan su perfeccionamiento no sumándose al rebaño de los aterrados y derrotados, sino a quienes consideran que nuestra levadura humana, el fardo de nuestros sueños, pertenece y dice relación a poderes celestiales e intemporales y no a quienes, por la rapacidad, la codicia y el crimen, se levantan como amos del mundo y vuelven a empezar la gran marcha de la sangre, el desolado desierto de las lágrimas.

Camus, hombre todo raíz cerebral, atormentado por la sed de justicia, hermano de sus hermanos, aparece delineado y estudiado en forma brillante en este magnífico libro, que nos lo rescata del olvido.

Fernando Galvis Salazar.

Don Antonio Nariño.—Drama en once cuadros.—Bogotá. Colombia.

Tiene un fin eminentemente didáctico este drama del cual es autor el conocido historiador colombiano Fernando Galvis Salazar. No se trata de una obra de ancho relieve, de una interpretación psicológica del Precursor. Sencillamente es un relato histórico ameno, gracioso, escrito en buena prosa. Y especialmente cumple un fin nobilísimo, como es el de que se conozca en los medios estudiantiles la figura de don Antonio Nariño, sin necesidad de investigar en las fuentes históricas. Una forma encomiable de ponernos cerca a los héroes, su hazaña, padecimiento y gloria.

Porque la vida de los próceres llevada al teatro adquiere un gran valor como documental y especialmente se hace viva, directa, de fácil comunicación con el público. Principalmente en un país como el nuestro, donde son pocas las gentes interesadas en el estudio de la Historia de la Independencia, donde la cultura es algo superficial, el teatro realiza una magnífica tarea docente.

El texto de esta obra para teatro fue escrito con emoción y respeto por el tema, los hechos y el desarrollo de las acciones. Esto no es de sorprenderse, porque el autor, es un historiador responsable, un biógrafo de las más ejemplares vidas colombianas y un cultor de las glorias de Colombia.

Esta obra debiera ser representada por grupos estudiantiles en colegios y universidades, porque cumpliría una tarea eficiente para el conocimiento del gran prócer de nuestra independencia.

